

153

CAPÍTULO VI.

COLON ASISTE Á LA RENDICION DE GRANADA.—ISABEL ACOGE POR FIN SU PROYECTO, AUNQUE SUS CONSEJEROS LA DISUADEN.—COLON PARTE PARA FRANCIA.—LA REINA DESPACHA UN CORREO QUE LE OBLIGA Á VOLVER.—LA REINA CONSIENTE EN TODO CUANTO PIDE, Y COLON DÁ ÓRDENES PARA LA EXPEDICION.—ESPANTO DE LOS MARINOS ANTE LA IDEA DE UN VIAJE POR EL MAR TENEBROSO.—PREDICACION DEL PADRE JUAN PEREZ DE MARCHENA.—POR INICIATIVA DE ESTE CELOSO FRANCISCANO SE REUNEN Á COLON LOS TRES HERMANOS PINZON, MARINOS RICOS Y EXPERIMENTADOS.—PORMENORES EXACTOS ACERCA DEL ARMAMENTO DE ESTA EXPEDICION Y DE SU CARÁCTER RELIGIOSO.—PARTIDA DE COLON CON TRES BUQUES.

§ I.

Cuando Colon entró en la naciente ciudad de Santa Fe, se había hecho imposible que la reina se ocupase de su proyecto. Esta le hospedó con el virtuoso Alonso de Quintanilla (1), su intendente general de Hacienda, que se contó también por dichoso con tenerle á su lado.

Tocaba á su fin la lucha entre el Cristianismo y la Media Luna. Hablábase de próxima capitulación, de sediciones y luchas intestinas en la ciudad. Efectivamente, tratóse muy pronto de la rendición de Granada.

El viérnes, 30 de diciembre, el gobierno moro hizo entrega de las fortalezas y de la Alhambra á los comisarios de Fernando é Isabel. Y el día 2 de enero de 1492, el rey moro Boabdil el Chico presentó las llaves de la ciudad á los reyes Católicos.

Como esta guerra no era en el ánimo de la reina más que una expedición religiosa, los reyes no entraron inmediatamente en Granada, sino que quisieron primeramente hacer homenaje de su conquista á Jesucristo.

Fernando de Talavera, promovido al arzobispado de Granada, único que había

(1) Carta del Duque de Medinaceli al Gran Cardenal de España, fechada en Cogolludo, á 19 de marzo de 1493.—*Archivos de Simancas*, Doc. diplom., núm. xiv.

declarado querer aceptar, escoltado con imponente fuerza, tomó posesión de la Alhambra, haciendo levantar la Cruz de plata, el gran estandarte de la Cruzada, en la torre de Camarés destinada para las señales.

Una vez fijado el emblema de la Redención en la cima de la ciudad, se desplegó también la bandera real. Al ver la Cruz dominando la ciudad musulmana, arrodilláronse el rey, la Corte y el ejército, y el clero con los coristas de la reina entonaron el himno de la victoria en medio de una indecible alegría. Luego después toda la nobleza de España, ordenada según la rigurosa etiqueta de Castilla, fué á prestar homenaje á Isabel como á reina de Granada.

El viernes, 6 de enero, día de la Epifanía ó festividad de los Reyes, hicieron los Soberanos su solemne entrada en la Alhambra, en cuya puerta les recibió procesionalmente el arzobispo de Granada, asistido de numeroso clero.

La Media Luna quedaba finalmente derribada después de una lucha de 778 años. Este triunfo de los españoles llenó de alegría á toda la cristiandad. Acto continuo se envió á Juan de Estrada, de embajador extraordinario, á Roma, y tan de prisa anduvo que él mismo dió allí la primera noticia de la conquista. El sumo pontífice Inocencio VIII, dando gracias á Dios con toda su alma, mandó dar acciones de gracias públicas y decretó una procesión solemne que fuera á la iglesia de Santiago de los españoles. Su Santidad asistió á ella personalmente con todo el Sacro Colegio. El Papa ofició en ella de pontifical; y en el sermón, pronunciado en su presencia, el predicador elogió en gran manera el valor cristiano de los reyes y del pueblo de España (1).

En aquella época, en medio de los favores que la Providencia reservaba á España, echaba una mirada compasiva sobre «Génova la soberbia,» la ciudad de los palacios de mármol, de las iglesias doradas, y donde, igualando entonces la caridad á la riqueza pública, se dejaba ver socorriendo generosa á los miserables que hormigueaban en la oscuridad de sus calles estrechas. Génova parecía una ciudad bendita. Mientras que uno de sus hijos, salido de las clases del pueblo, meditaba la obra más colosal del genio humano, otro, escogido entre los ilustres patricios, ocupaba la silla apostólica.

Juan Bautista Cibo, ciudadano de Génova, promovido á la tiara bajo el nombre de Inocencio VIII, era verdaderamente el príncipe de la paz, el mediador en las querellas de los reyes, y el celador de la guerra contra el Islamismo. Nadie tomó parte más sinceramente en el buen éxito de la guerra de Granada ni en las esperanzas de su compatriota Cristóbal Colon.

Aún no habían terminado los triunfales regocijos de la conquista, y ya la reina daba audiencia á Colon.

(1) Mariana, *Historia general de España*, lib. XXV, § xcii.

El solo aspecto de este noble extranjero, á quien, sin conocerle, le acercaba una secreta uniformidad de fe y de genio, la tranquilizó contra las objeciones de la junta de Salamanca. En esta conferencia no hubo ninguna discusión acerca del proyecto, porque no había ninguna duda tocante á su realización. La reina se adhería á él por instinto, descubría en aquel hombre una superior comprensión de las cosas; concedía una personalidad excepcional á aquel hombre, cuya sola presencia revelaba su grandeza interior. Creía en Colon.

Aceptado, pues, el proyecto sin controversia, sin restricción, tal como la inspiración lo había concebido, no faltaba ya sino fijar la recompensa que después del éxito, se daría á su autor. Encargóse el arreglo de este punto á una comisión presidida también por el prudente Fernando de Talavera. Colon debió conferenciar con esta comisión, y darle á conocer claramente sus pretensiones.

Este hombre, de idea más grande que el mundo, dejó vislumbrar entonces la grandeza de sus esperanzas por el precio que fijaba á su realización. Al oírle los comisionados, debieron quedar asombrados. Efectivamente, hé aquí las principales condiciones impuestas por aquel extranjero á las coronas de Aragón y Castilla. Él sería:

Virey.

Gobernador general de las islas y tierra firme que se descubrieran.

Gran Almirante del mar Océano.

Sus dignidades se transmitirían hereditariamente en su familia por derecho de primogenitura.

Recibiría régicamente el diezmo de todas las riquezas, perlas, diamantes, oro, plata, aromas, especias, frutos y productos cualesquiera descubiertos ó exportados de las regiones sometidas á su autoridad.

Al oír tales pretensiones, se indignaron los comisarios admirados de tanta osadía. El orgullo de aquellos cortesanos se irritaba ante la idea de que un italiano de quien se habían tantas veces burlado ó compadecido, mientras que se consumía en las antecámaras solicitando audiencias, se atreviera hoy á estipular unos títulos que le harían superior á los caballeros más nobles de España. Suspendióse la conferencia.

Con todo á Colon le parecía muy sencillo cuanto pedía. Consideraba muy natural, ya que él iba á dar á los reyes unos reinos más grandes que los suyos, el fijar una remuneración cuya importancia indicara la de su inaudita donación. La recompensa debe ser proporcionada al servicio; y el que acepta menos de lo que se le debe, contribuye á su propia humillación. Por otra parte, Colon no exigía sino el premio que había pedido nueve años antes á la corona de Portugal. Si no le añadía nada, tampoco le quitaba cosa alguna. Lo que pensaba entonces, pensaba también hoy. Siempre subsistían las mismas causas. Para sus miras necesitaba una

posición elevada, una gran autoridad y sobre todo grandes riquezas. Absolutamente lo mismo que en Portugal.

¿Quiérese poseer ahora mismo el secreto de esa ambición gigantesca? Secreto conmovedor que se le escapó algunos días después en una conversación familiar con los reyes, y que, dice él, «les hizo sonreír (1);» hélo aquí expresado por su piadoso candor.

Cristóbal Colon consideraba ya como realizado su descubrimiento de tierras ignoradas, á las que tendría él la fortuna de anunciar el Cristo Redentor. Preveía innumerables peligros, terribles obstáculos, incesantes fatigas. En cambio de todo esto, deseaba él una recompensa magnífica, la sola que consideraba digna de su empresa. Por medio de los tesoros que él sacaría de sus descubrimientos, había resuelto libertar el Santo Sepulcro del yugo de los musulmanes. Quería en primer lugar tratar de su rescate amistosamente, y si no lo conseguía, levantar á su sueldo cincuenta mil hombres de infantería y cinco mil caballos para libertar el sepulcro de Jesucristo de las profanaciones de Mahoma. En seguida habría hecho entrega á la Santa Sede del gobierno de Jerusalem, contentándose para él con la honra de ser el centinela de la Iglesia en el umbral de aquella tierra milagrosa donde se realizó nuestra redención.

No pudiendo adivinar los comisionados de la Corte el íntimo pensamiento de aquel hombre, no vieron en su pretensión más que una insolente jactancia, tan temeraria como su proyecto de navegación por el Océano. Es muy probable que ni siquiera discutieron semejante vanidad, y que se limitaron á dar cuenta de ella á sus soberanos.

Imbuido Fernando de Talavera en sus prevenciones contra el cosmógrafo genovés, hizo presente á la reina que habría un grave inconveniente para Sus Altezas en otorgar un tratado, con motivo de una expedición que se había juzgado quimérica; que el mal resultado les expondría á la befa de las cortes extranjeras y disminuiría en sus Estados el respeto que se tenía á su tan célebre prudencia; que aun admitiendo el buen éxito, sería disminuir inevitablemente en la opinión el prestigio de la majestad real el conceder unos privilegios tan exorbitantes á un desconocido. Las observaciones del confesor de la reina, influyeron en su ánimo, y vaciló. Hizo proponer á Colon unas condiciones algo diferentes, aunque muy ventajosas todavía. Sin duda se le ofrecieron como en Portugal, rentas, títulos, un gobierno, recompensa que hubiera satisfecho á otro corazón que no fuera el suyo; pero no aceptó ninguna de esas condiciones, ni alteró en nada las suyas. Lo que

(1) «Protesté á vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalem, y vuestras Altezas se rieron, y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella ansia.»—*Diario de Colon*, miércoles 26 diciembre de 1492.

él había dicho, estaba dicho. Sostenía ya su petición noblemente, como un soberano su palabra. En todas sus conferencias con los soberanos, en aquella época en que, harto á menudo,regonaban sus vestidos su extremada pobreza, había naturalmente tratado á los reyes de igual á igual; su lenguaje había sido elevado, impregnado de familiar dignidad: ahora que se aproximaba el momento de llevar á cabo su misión, obraba como había hablado.

Retiróse con arrogancia.

Ni su pobreza, ni los seis años pasados en la Corte de España practicando infructuosas diligencias, ni el curso del tiempo, que amenazaba entregar su proyecto á la muerte, pudieron disminuir su constancia. Más de diez y ocho años se habían consumido para él en inútiles tentativas, y sin embargo, prefería volver á comenzar de nuevo esas dificultosas negociaciones cerca de otro soberano, que ceder lo que él pensaba corresponder á la dignidad de sus derechos.

Los amigos de Colon procuraron detenerle. Parece que en aquellas críticas circunstancias y á ruegos de su fiel amigo Juan Perez, por mediación de Alonso de Quintanilla, estuvo otra vez en relaciones con el gran cardenal de España. Este príncipe de la Iglesia, fundado en el elevado concepto en que tenía á Colon, no encontraba exageradas las condiciones (1) impuestas como premio de tales servicios, y que sublevaban el orgullo de los cortesanos. Consideraciones, empero, enteramente ajenas á ese proyecto, le impedían intervenir personalmente, y no pudo ofrecerle más que el patrocinio de su opinión.

No obstante, la enormidad de sus pretensiones preocupaba no sólo á la comisión si que también á los consejeros de los reyes. Como se objetara á Colon en tono burlesco que su habilidad era extraordinaria, porque se creaba una posición tal, que, sin arriesgar por su parte ningún gasto, cualquiera que fuese el resultado, habría siempre tenido la honra de un mando, ofrecióse á contribuir con la octava parte de los gastos. Este ofrecimiento tan generoso, hecho en un arranque de indignación, fué codiciosamente aceptado. A pesar de este sacrificio, tampoco se le concedió lo que pedía. El rey mostraba ya aversión al proyecto. La influencia que el arzobispo de Granada ejercía en la reina había paralizado la voluntad de Isabel. Parecióle que efectivamente los títulos casi regios exigidos por Colon serían un precio asaz oneroso, cualesquiera que fuesen los descubrimientos.

La conferencia estaba ya disuelta y abandonada la negociación. Sin conseguir ni ceder, inflexible Colon en su resolución de no disminuir un ápice sus derechos, dirigió sus miradas á Francia, cuyo rey acababa de contestarle benévola-

(1) «El invariable en las ideas de esplendor y engrandecimiento pedía grandes condiciones... debía de animarle el favor del Cardenal D. Pedro González de Mendoza, etc.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. II, § xxxix.